

El "Vasco-Iberismo"

Alcance del término y estado de la cuestión

Por Antonio BELTRAN.

No tratamos, en estas breves e intrascendentes notas, de establecer precisiones o determinar solución a un problema —el de la traducción del ibero— que por ahora no la tiene; ni siquiera aportar resultados de investigación que pudieran conducir a ello. Nos consideraríamos sobradamente satisfechos con lograr poner en orden algunos conceptos barajados con frecuencia, más o menos apasionadamente, y que han creado un estado de confusión que conviene aclarar; es decir, en el de por sí excesivamente confuso problema, salvar, al menos, la claridad de conceptos por nosotros creados y que utilizamos con alcance y apreciaciones diversas.

En primer lugar, es necesario aceptar que la solución del problema depende de los concertados estudios de filólogos y arqueólogos; éstos proporcionando, mediante las excavaciones y sus consiguientes estudios, los epígrafes ibéricos bien fechados, y aquéllos estudiando objetivamente el material que la Arqueología les proporcione. Por ahora, las conclusiones son bien categóricas: el ibero no es vasco.

De la cantidad de escritos ibéricos que se hallen y de su calidad —de la cual cabe esperar cualquier sorpresa— dependerá la rapidez de la solución definitiva, hacia la cual, no obstante, hemos caminado en los últimos años mucho más de prisa de lo que el mayor optimista hubiera podido suponer.

En realidad, solamente desde hace veinticinco años, con los importantes trabajos del profesor don Manuel Gómez Moreno, pisamos terreno firme; en tan breve espacio de tiempo, sus continuadas investigaciones y las de Pío Beltrán, Antonio Tovar, Julio Caro Baroja y tantos otros fervientes estudiosos, han permitido salir del terreno de la pura hipótesis, casi siempre gratuita y descabellada; el hallazgo de un número cada vez mayor de

epígrafes lo facilita; así, entre los últimos hallados, cuyo estudio aun no se ha incorporado al sistema general, tenemos los de Ampurias, encontrados por M. Almagro, a punto de ser publicados por su descubridor en *Epigrafía Ampurítana* (Zaragoza 1951); el del Cigarralejo (Murcia), del tipo de los conocidos de Alcoy (dado a conocer en el Congreso Internacional de Florencia por E. Cuadrado); el escrito con alfabeto jónico arcaico de La Serreta de Alcoy, que Camilo Visedo presentó al Congreso de Alcoy y ha publicado en el *Archivo Español de Arqueología* (número 79, pág. 211); y, finalmente, la serie riquísima de grafitos sobre barros campanienses de los siglos IV a III descubiertos en la necrópolis de Ensérune (Béziers) por el profesor J. Jannoray, que ha tenido la generosidad de ponerlos a disposición de los especialistas españoles inmediatamente. Recientemente el profesor Tovar, cuyas profundas investigaciones van estrechando, cada vez más, la solución del problema, ha alcanzado a traducir textos célticos.

Las raíces más próximas del "vasco-iberismo" podemos hallarlas en el siglo XIX, en el que nuestros eruditos cayeron en la cuenta de que la existencia del idioma vasco en España y en Francia, tan desligado de los demás idiomas y dialectos españoles y franceses, sin relación ninguna con las lenguas de los sucesivos dominadores de España, permitía suponer que sería usado en parte de nuestra Península antes de que a ella llegase el habla latina. Esta suposición sigue pareciéndonos razonable y legítima y de ella resulta claro que las gentes que habitaban las comarcas pirenaicas desde Navarra hasta el centro de Cataluña del norte, por lo menos, a la llegada de los romanos hablaban o podían hablar en vasco (1) y escribían con el alfabeto peculiar que llamamos ibérico, habiendo de suponerse también que escribiesen la misma lengua que hablaban.

¿Qué hemos de entender por "vasco-iberismo"?

Los viejos defensores de la teoría, Poza, Echave, Larramendi, Astarloa, Erro y Humboldt —a quien se suele citar injustamente como autor de ella—, manejaron pocos textos ibéricos y mal leídos, por añadidura, puesto que no poseían un alfabeto adecuado y el resultado de sus lecturas era disparatado y lo mismo las consecuencias que de ellas sacasen. Cosa análoga cabe decir de los continuadores de Humboldt hasta 1925.

Como consecuencia, todas las alusiones y críticas acerca del valor del "vasco-iberismo" hasta la aparición del "alfabeto Gómez Moreno" carecen de trascendencia, y sólo después que los rótulos sean correctamente leídos podrá pensarse en la traducción por uno u otro sistema sin abocar a un esfuerzo absolutamente baldío; por lo tanto, tratar de desacreditar la teoría del "vasco-iberismo" por los citados intentos u otros análogos, es absolutamente inoperante.

Además, corrientemente, suele entenderse por "vasco-iberismo" la identificación absoluta entre el ibero, que conocemos por documentos epigráfi-

(1) TOVAR, "La lengua vasca", San Sebastián, 1950, (pág. 9 s.) que admite solamente entre ibero y vasco "semejanzas esporádicas y profundas" (I Congreso Int. de pireneistas, San Sebastián, sept. 1950) y de ninguna manera su identidad, expresa claramente la supervivencia del vasco a través de todas las invasiones e influencias, viviendo en un "área relegada" comprendida por los límites actuales del vasco por el oeste (?), el norte y el sur, y llegando por el este hasta el centro de la provincia de Huesca o a la de Lérida, Id., *ibidem*, n.º 11, pág. 27 "Vasco e ibérico",

cos o monetales fechables entre fines del siglo VI (lekyto del Museo de Gerona) siglos IV a III (grafitos de Ensérune), 260 a 180 (rótulos de las dracmas ibéricas de imitación emporitana o "argentum oscense") y el cambio de era poco más o menos (rótulos monetales y cerámicos), y el vasco actual. Bien claro está que no pueden establecerse comparaciones completas, en estas condiciones, con dos milenarios de intermedio, más del doble de tiempo del que ha necesitado el castellano para arrancar del latín, dejarse moldear por influencias extrañas y llegar al momento presente en el que, evidentemente, no podemos decir de él que sea latín.

Por otra parte, la historia de nuestros conocimientos sobre el vasco es bien corta y los vasquistas trabajan sobre materiales muy recientes. ¿Cómo era el vasco que se hablaba en el área correspondiente de la Península antes de la romanización? ¿Y cómo era después de los íntimos contactos con Roma y el latín, que vinieron actuando durante cerca de dos siglos en las costas hispanas sin desterrar el alfabeto ibérico y las lenguas peninsulares que en tal alfabeto encontraban el medio de expresión gráfica?

Los problemas quedarían disueltos instantáneamente si se lograra eliminar del vasco de nuestros días todas las aportaciones extrañas desde el cambio de era, poco más o menos, ya que será poco menos que imposible, además, resucitar las palabras olvidadas y desaparecidas del viejo léxico vasco. Y no hablamos del vasco sin influencias latinas, porque repetimos que los iberos de la costa, cuando aun pintaban sus cerámicas con figuras humanas y rótulos y acuñaban monedas con nombres indígenas, hacia un par de centenares de años que estaban recibiendo constantemente —y con frecuencia de grado— elementos culturales romanos.

Entonces sí que podríamos hablar de vasco-iberismo y establecer comparaciones entre el idioma que resulta escrito en los epígrafes que conocemos y el que hablasen los vascos de ese mismo tiempo.

Hay hechos que se muestran indiscutibles. Las gentes del área exterior a la zona de acuñaciones ibéricas con el jinete y el alfabeto peculiar, y aun los bordes exteriores de aquélla, hablaban celta, y así lo ha demostrado cumplidamente Tovar. Las gentes de la periferia de esta zona (2) escribían con el mismo alfabeto, pero hablaban otra lengua (p. e. las adaptaciones *Colouniocu* de Clunioq; *Segobirices* de Segobrices). El resto hablaba una lengua o lenguas bien adaptadas al alfabeto, cuyas formas gráficas sabemos leer, conociendo bien su fonética (3).

La comparación vasco-ibero habría que hacerla, por lo tanto, pensando en un vasco de hace dos mil años, prácticamente desconocido; lógicamente cualquier intento parece condenado al más rotundo fracaso. Pues bien; si aislando palabras completas encontradas en textos ibéricos y comparándolas

(2) Cfs. para las cuestiones generales nuestros trabajos "Notas sobre alfabetos hispánicos antiguos", Rivista di Studi Liguri, XV, 1949, p. 132 ss. y el planteamiento en "Numismática Antigua", Cartagena, 1950, pág. 315 a 339.

(3) Las dudas que puedan existir en dos signos, dependen sólo de que no han aparecido suficiente número de veces en rótulos monetales; así el signo de forma "T" para el que no existe valor probado, siendo puramente conjetural el "Z"; y el de forma "Y" que es indudablemente "n" en las dos monedas en que aparece y para el que el valor "y" en los epígrafes no monetales de la costa que propugnamos en el Congreso de Alcoy, no tiene una demostración cumplida, no pasando de ser una hipótesis sugestiva que podrá modificarse cuando las dudas se eliminen.

con otras vascas modernas o registradas como arcaicas por los especialistas, encontramos, a pesar de todo, coincidencias, habremos llegado a un hecho primordial que no podrá desconocerse y habrá de ser tenido en cuenta, encaje o no en la marcha teórica de los problemas: la semejanza exclusiva entre el vasco moderno y el ibero antiguo, a pesar de las deformaciones que en aquél haya producido el tiempo y no obstante no disponer de textos abundantes para completar las comparaciones.

Estas semejanzas —que no excluyen las diferencias fundamentales que puedan existir y que no bastan para decir que vasco e ibero sean la misma cosa— se aprecian al oído por quienes saben vasco. Leyendo palabras ibéricas a vascos iletrados se obtienen los siguientes resultados: de un corto número de palabras la afirmación tajante de que son vascas o de que no lo son; de un número crecido de ellas, el decir “que suenan a vasco” o que “son vascas pero están mal pronunciadas o dichas”.

Don Manuel Gómez Moreno ha mantenido, en este aspecto, una atinada y discreta reserva; pero ha afirmado (4) otras semejanzas, excepcionales y eliminatorias, del vasco y el ibero. El ibero, dijo, no es lengua aria, ni semítica, ni etrusca, ni del Mediterráneo oriental; compone, como el vasco, palabras con aspecto de aglutinación; rechaza, como aquél, las oclusivas inmediatas y ambos carecen de la *p*, de la *f*, de todas las aspiraciones y de la *r* inicial (salvo la excepción en los epígrafes monetales ibéricos de Rodurcon), y tanto ibero como vasco poseen dos clases de *s*.

La cuestión, pues, no es fácil y deberá quedar en espera de un mayor incremento de las investigaciones y, sobre todo, de un aumento de los materiales; de los filólogos ha de llegarnos la solución; pero no podemos abandonar, de golpe, un camino que no sabemos a dónde nos puede llevar, máxime no siendo abundantes las posibilidades; por lo pronto nos ha conducido a despertar la polémica y el apasionamiento y con esto a la inquietud en los investigadores. La publicación de la famosa frase de Liria, *gudua deitzdea*, por Pío Beltrán, habría tenido como mérito, si no tuviera otros, el de despertar trabajos apasionados, que han dejado, al correr del tiempo, sitio a otros más reposados, con los que se sientan las bases para futuras conclusiones (5). No parece desatinado proseguir el método pacientemente y sin apasionamiento, desechando las semejanzas parciales para atender sólo a las totales y absolutas, entre palabras complejas del viejo ibérico y del nuevo vasco, sin propósitos de generalización, hasta que el número de coincidencias sea tal que permita afirmar que, si no somos capaces de traducir el ibero mediante el vasco, es simplemente porque éste, al evolucionar,

(4) Conferencia en el Congreso Internacional de Estudios Ligures, en una de las sesiones de clausura celebradas en Montpellier, septiembre de 1949.

(5) P. BELTRÁN, “La labor del SIP en... 1934”, pág. 62 s. (Valencia, 1935) marca el principio de esta etapa actual. La coincidencia entre las palabras ibéricas de hacia el siglo I y las modernas vascas, sigue vigente, aunque leamos “la guerra, la llamada”, pues no sería necesario suponer más como rótulo explicativo de la escena pintada, y por otra parte tampoco sabemos demasiado de las normas gramaticales ibéricas y en su caso de las vascas del tiempo que tratamos. Los ásperos ataques que suscitó esta coincidencia hay que atribuirlos simplemente al asombro frente a un hecho que podía resquebrajar sólidas teorías; por su parte, P. Beltrán no hizo sino apuntar la coincidencia. Las nuevas fechas atribuidas a la cerámica ibérica con figuras humanas eliminan alguno de los reparos entonces hechos sobre préstamos latinos.

no se parece ya a sí mismo tal como era hace dos mil años y en tal forma primitiva no hemos podido conocerlo.

Queda, pues, a los arqueólogos la siguiente tarea: Hacer el catálogo de las palabras ibéricas que los hallazgos proporcionen, separadas naturalmente (6) y sin dividir las a capricho, para poseer un completo repertorio, tal como nos comunica estar completando el profesor Tovar. Si después de conocidas muchas palabras no podemos llegar a resultados teóricos, pero las coincidencias con el vasco moderno son suficientes, habrá que insistir en la tesis vasco-iberista (en su recto sentido), con todas las salvedades indicadas y sin ningún empeño en que el ibero sea igual a lo que hoy se llama vasco, sino a la lengua de la cual es una derivación el habla actual de las provincias vascongadas (7).

En caso contrario habremos de reducirnos a un enigma: los iberos, que arqueológicamente no tienen nada que ver con los vascos históricos, hablaron un idioma desconocido, que no se parece a ninguno de los que actualmente conservamos, salvo, esporádicamente, al vasco, que no es celta y que coexistió con el vasco en la época prerromana en la zona geográfica entre Navarra y Lérida.

Esperemos que las futuras excavaciones sean pródigas en soluciones al problema que tanto nos preocupa y que los centenares de poblados ibéricos enterrados aún entre el Pirineo, Clunia, Segovia, Toledo, los montes Oretanos, el Cabo de la Nao y el Mediterráneo, sin olvidar la zona francesa hasta el Hérault, nos sigan proporcionando materiales con que hacer y desechar teorías que serán todas estimables y dignas del afectuoso respeto de todos si contribuyen a mantener vivo el interés y acrecienten la investigación en torno al conocimiento del habla de una parte importantísima y castiza de la Península ibérica prerromana.

(6) Cejador, en su "Ibérica" retorció los textos para lograr, con un alfabeto inadecuado, leer el ibero por el vasco; llegó a suponer ibérico el alfabeto del plomo de Alcoy y aun así lo leyó. Su lectura hizo un daño enorme a los ensayos posteriores bien intencionados y sanos, sin propósitos preconcebidos.

(7) Cfs. otras curiosas coincidencias, como "ereis-goldetu (= lugar de siembra) y otras en PIO BELTRAN, "Notas sobre temas ibéricos", Congreso de Elche, pág. 303; y ANTONIO BELTRAN, "Inscripciones ibéricas de Cerdeña, "BSAA", Valladolid, 1950, "seldar-yi" (= seldórr-yi).